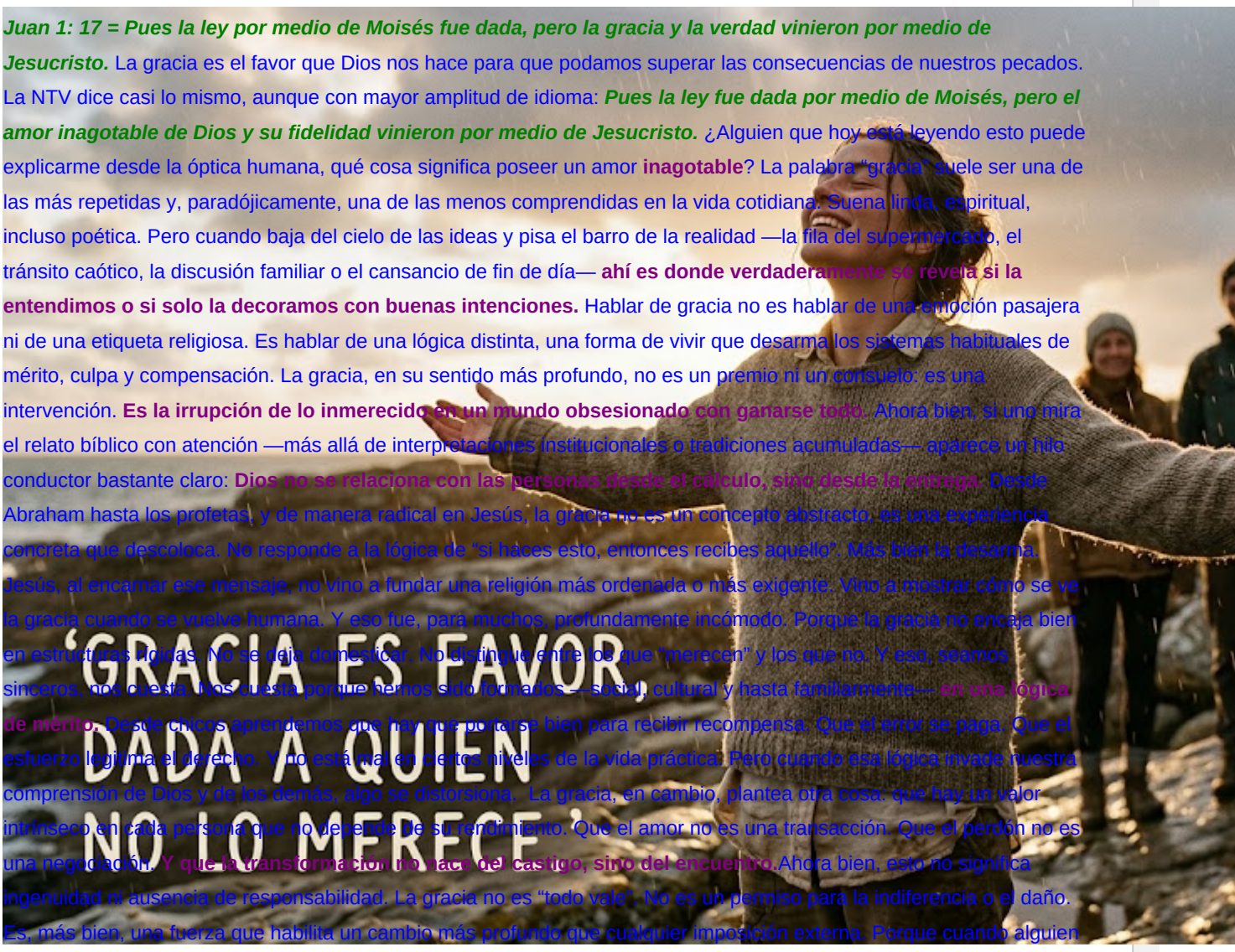
16 – Gracia

Posted on ***January 01,1970*** *by* ***Néstor Martínez***



Juan 1: 17 = Pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo. La gracia es el favor que Dios nos hace para que podamos superar las consecuencias de nuestros pecados. La NTV dice casi lo mismo, aunque con mayor amplitud de idioma: ***Pues la ley fue dada por medio de Moisés, pero el amor inagotable de Dios y su fidelidad vinieron por medio de Jesucristo.*** ¿Alguien que hoy está leyendo esto puede explicarme desde la óptica humana, qué cosa significa poseer un amor **inagotable**? La palabra “gracia” suele ser una de las más repetidas y, paradójicamente, una de las menos comprendidas en la vida cotidiana. Suena linda, espiritual, incluso poética. Pero cuando baja del cielo de las ideas y pisa el barro de la realidad —la fila del supermercado, el tránsito caótico, la discusión familiar o el cansancio de fin de día— **ahí es donde verdaderamente se revela si la entendimos o si solo la decoramos con buenas intenciones.** Hablar de gracia no es hablar de una emoción pasajera ni de una etiqueta religiosa. Es hablar de una lógica distinta, una forma de vivir que desarma los sistemas habituales de mérito, culpa y compensación. La gracia, en su sentido más profundo, no es un premio ni un consuelo: es una intervención. **Es la irrupción de lo inmerecido en un mundo obsesionado con ganarse todo.** Ahora bien, si uno mira el relato bíblico con atención —más allá de interpretaciones institucionales o tradiciones acumuladas— aparece un hilo conductor bastante claro: **Dios no se relaciona con las personas desde el cálculo, sino desde la entrega.** Desde Abraham hasta los profetas, y de manera radical en Jesús, la gracia no es un concepto abstracto, es una experiencia concreta que descoloca. No responde a la lógica de “si haces esto, entonces recibes aquello”. Más bien la desarma. Jesús, al encarnar ese mensaje, no vino a fundar una religión más ordenada o más exigente. Vino a mostrar cómo se ve la gracia cuando se vuelve humana. Y eso fue, para muchos, profundamente incómodo. Porque la gracia no encaja bien en estructuras rígidas. No se deja domesticar. No distingue entre los que “merecen” y los que no. Y eso, seamos sinceros, nos cuesta. Nos cuesta porque hemos sido formados —social, cultural y hasta familiarmente— **en una lógica de mérito.** Desde chicos aprendemos que hay que portarse bien para recibir recompensa. Que el error se paga. Que el esfuerzo legitima el derecho. Y no está mal en ciertos niveles de la vida práctica. Pero cuando esa lógica invade nuestra comprensión de Dios y de los demás, algo se distorsiona. La gracia, en cambio, plantea otra cosa: que hay un valor intrínseco en cada persona que no depende de su rendimiento. Que el amor no es una transacción. Que el perdón no es una negociación. **Y que la transformación no nace del castigo, sino del encuentro.**Ahora bien, esto no significa ingenuidad ni ausencia de responsabilidad. La gracia no es “todo vale”. No es un permiso para la indiferencia o el daño. Es, más bien, una fuerza que habilita un cambio más profundo que cualquier imposición externa. Porque cuando alguien experimenta ser aceptado sin condiciones, algo adentro se reordena. En términos sociales, esto tiene implicancias enormes. Vivimos en una época donde la cancelación, el juicio rápido y la exposición constante generan una presión tremenda por mostrarse perfectos o, al menos, aceptables. La gracia entra en ese escenario como una especie de “contracultura silenciosa”. No niega la verdad ni relativiza el error, pero tampoco reduce a las personas a sus fallas. Aplicado a lo cotidiano, esto puede parecer pequeño, pero no lo es. Es elegir no responder con agresión cuando alguien te trata mal. Es dar una segunda oportunidad cuando lo más fácil sería cerrar la puerta. Es reconocer el error propio sin justificarse ni hundirse en la culpa. Es también aprender a recibir, algo que a muchos nos cuesta más que dar. Porque sí, recibir gracia también incomoda. Nos deja sin excusas. Nos obliga a soltar el control. Nos confronta con la idea de que no todo depende de nosotros. **Y en una cultura que idolatra la autosuficiencia, eso puede resultar casi ofensivo.**

Pero hay algo profundamente liberador en entender que no tenemos que ganarnos todo. Que hay un amor que no se retira cuando fallamos. Que hay una oportunidad constante de empezar de nuevo. No desde cero, sino desde un lugar más verdadero. La Biblia lo muestra de múltiples maneras, pero siempre con una coherencia notable: **la gracia no es un parche, es el fundamento.** No aparece solo cuando todo falla, sino que está presente desde el inicio. La creación misma puede leerse como un acto de gracia: la existencia dada, no exigida. Y cuando uno lleva esto al terreno personal, empieza a notar pequeños cambios. La ansiedad por controlar todo disminuye. La necesidad de tener siempre la razón pierde fuerza. La mirada hacia los demás se vuelve más amplia, menos rígida. No porque uno se vuelva "mejor persona" en términos morales, sino porque empieza a ver desde otro lugar. Ahora bien, vivir en gracia no significa vivir sin tensión. Al contrario, muchas veces implica nadar contra la corriente. Implica elegir caminos menos obvios. Implica sostener convicciones en medio de contextos que empujan en otra dirección. Pero también implica una paz distinta, una que no depende de que todo salga bien. Un recurso práctico, por ejemplo, es detenerse unos segundos antes de reaccionar. Parece simple, pero cambia mucho. En ese pequeño espacio, uno puede elegir desde dónde responder: desde la herida o desde la gracia. Otro recurso es ejercitar la memoria: recordar cuántas veces uno mismo fue sostenido cuando no lo merecía. Eso baja el nivel de exigencia hacia los demás. También ayuda revisar el lenguaje. Las palabras que usamos construyen realidades. No es lo mismo decir "siempre haces lo mismo" que "esto me dolió". No es lo mismo etiquetar que describir. La gracia también se expresa en cómo hablamos. Y, por supuesto, está la dimensión espiritual más directa: el vínculo con Dios. No como un trámite ni como una obligación, sino como **un espacio de encuentro real.** Sin máscaras, sin discursos armados. La gracia se entiende mejor en ese lugar donde uno puede ser sin tener que aparentar.
Ahora, un poco de humor sano —porque también hace falta—: si la gracia dependiera de que hagamos todo bien, probablemente duraría lo mismo que una dieta un lunes por la mañana. A las 11 ya estaríamos renegociando términos. Por suerte, no funciona así. La gracia no ignora nuestras contradicciones, pero tampoco se escandaliza de ellas. No se sorprende de nuestras caídas, pero sí apuesta a nuestro levantarnos. Es paciente, pero no pasiva. Es firme, pero no rígida. Es, en definitiva, una forma de amor que no encaja en nuestras categorías habituales. Y acá aparece un punto clave: la gracia no es solo para "consumo interno". No es algo que uno guarda para sí. Está hecha para circular. Para compartirse. Para volverse gesto, palabra, decisión. Porque si no se traduce en acciones, corre el riesgo de quedarse en teoría. En lo social, esto puede verse en pequeñas prácticas: escuchar sin interrumpir, no asumir lo peor del otro, ofrecer ayuda sin esperar devolución, reconocer lo bueno incluso en quien piensa distinto. Son cosas simples, pero en conjunto generan un impacto real. Desde una mirada ideológica objetiva, la gracia no se alinea fácilmente con ningún sistema cerrado. No es de izquierda ni de derecha. No responde a intereses de poder. De hecho, muchas veces incomoda a todos los extremos porque rompe la lógica de "nosotros contra ellos". Introduce una tercera vía: **la del encuentro.**
Eso no significa neutralidad frente a la injusticia. La gracia no es indiferente al dolor ni al abuso. Pero su forma de responder no es replicar la violencia, sino transformarla desde adentro. Y eso requiere una profundidad que no siempre estamos dispuestos a sostener. Volviendo al evangelio del Reino de Dios, lo que Jesús propone no es una mejora superficial del comportamiento, sino una transformación del corazón. Y esa transformación empieza, justamente, por reconocer que necesitamos gracia. No como concepto, sino como realidad. En definitiva, hablar de gracia es hablar de una vida posible. No perfecta, pero sí plena en otro sentido. Una vida donde el error no es el final, donde el otro no es un enemigo y donde Dios no es un juez distante, sino una presencia cercana. Quizás el desafío más grande no sea entender la gracia, sino aceptarla. Y después, lentamente, aprender a vivirla. En lo simple, en lo cotidiano, en lo real. Porque ahí es donde deja de ser una palabra linda y se convierte en algo verdaderamente transformador. Y si en medio del proceso nos equivocamos —que va a pasar—, bueno… ahí mismo vuelve a aparecer la gracia. No como excusa, sino como oportunidad. Otra vez. Y otra. Y las que hagan falta.

Posted in:Blog,Sin Categoría | | With 0 comments